

Pablo Ansolabehere

ORATORIA Y EVOCACIÓN

*Un episodio perdido
en la literatura argentina*



Santiago Arcos editor
FONO/GRAMAS

Introducción

El objeto de este libro es un anacronismo. Su propósito es seguir las huellas de la relación entre oratoria y literatura en la Argentina, cuando ya hace tiempo los vínculos que garantizaban la existencia de esa relación parecen definitivamente olvidados. Y no es que la oratoria haya pasado de moda, como equivocadamente podría suponerse. La variada oferta de cursos y clases de ese género, en instituciones de lo más diversas, es una prueba del interés por una disciplina que sigue reciclándose. Pero también es verdad que la oratoria moderna se vende como una práctica ajena a toda pretensión literaria, en todo caso más afín a materias como el derecho, los negocios o la política que a la literatura.

Una prueba de la distancia que actualmente separa la oratoria de lo literario, en nuestro país por lo menos, es la ausencia de artículos o capítulos dedicados a los grandes oradores en las historias o compendios de la literatura argentina aparecidos en las últimas décadas. El hecho no debería sorprender a nadie, pero resulta llamativo si se tiene en cuenta el gran modelo de esta clase de historias y compendios de literatura nacional que es la *Historia de la literatura argentina* (1917-1922), de Ricardo Rojas: en esta obra la oratoria es considerada sin dudas como un género literario, del que “la literatura argentina, tan rudimentaria en otros géneros, ofrece en éste algunos acabados ejemplos” (Rojas 221). Para corroborar esta convicción, Rojas decide dedicarle nada menos tres capítulos de su obra a la oratoria nacional.¹

¹ Rojas no es el primero ni el único en incluir la oratoria en los capítulos destacados de la literatura nacional. En 1893, Juan M. Contreas, en su manual de *Literatura argentina* (“arreglado al programa de la asignatura de los colegios nacionales”), dedica un capítulo a “Los oradores de la revolución” y otro a los “Oradores”, en el que, luego de una

No se trata, de todos modos, de un fenómeno exclusivamente local. La separación entre oratoria y literatura responde a un proceso global, relacionado seguramente con factores sociales, políticos, institucionales, tecnológicos, culturales. A lo largo de este libro se sugieren algunas conjeturas sobre el paulatino pero inexorable alejamiento de la oratoria del universo de lo literario. Los cambios operados en la relación entre literatura y política, en las prácticas discursivas de la política misma, en los medios de comunicación y en los factores tecnológicos, e incluso en la forma de entender y producir literatura, tienen que ver con ese divorcio que ya lleva varias décadas.

Pero no es el objetivo de este trabajo explicar las razones del fin de esa relación, sino detenerse justamente en el período anterior, cuando todavía el distanciamiento no se había producido: la llamada época de oro de la oratoria nacional, en tanto arte del buen decir, en tanto parte de las bellas letras. En términos temporales, este trabajo abarca un período que va, aproximadamente, de 1870 a la década de 1920 (cuando aparece el tomo de Rojas sobre los grandes oradores nacionales). El criterio para hacer este recorte temporal no responde a determinaciones históricas precisas, sino simplemente a que fue durante ese período cuando surgió y se consolidó una serie de oradores que, a

breve presentación, reproduce fragmentos de discursos de Fray M. Esquiú, Félix Frías, Nicolás Avellaneda, Pedro Goyena, José Manuel Estrada, entre otros. En 1914, Enrique García Velloso, en su estudio dedicado a la *Literatura argentina*, reserva un capítulo para los “Oradores sagrados”, otro para los “Oradores y publicistas anteriores a la organización nacional”, y otro donde destaca la figura de Nicolás Avellaneda como “el orador argentino por antonomasia”, a quien se suman nombres como los de Estrada, Goyena, Guillermo Rawson o Aristóbulo del Valle. Algunas décadas después, en 1958, apareció la *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Arrieta, el trabajo de mayor envergadura después de la obra de Rojas. A pesar de los seis gruesos tomos que la componen, y de su criterio amplio, que le hace considerar (al igual que Rojas) la escritura historiográfica como parte de la literatura argentina, ningún capítulo está dedicado a la oratoria nacional.

pesar de ser en su mayoría hombres públicos con diferentes y múltiples actividades, se destacaron y pasaron a ser recordados fundamentalmente por su condición de “maestros de la oratoria” y, por eso mismo, y de acuerdo con los criterios de la época, dignos de quedar en los capítulos destacados de la historia de la literatura nacional. Antes y después hubo grandes practicantes del género. Sarmiento demostró sus condiciones para el oficio ya antes de 1870, pero el gran escritor opaca sin dudas al orador. Aun hoy, a pesar del tiempo transcurrido, se recuerda como un estupendo ejercicio de oratoria fúnebre el discurso de despedida que Ricardo Balbín pronunció ante el cadáver de Juan D. Perón, en 1974. Pero a nadie se le ocurriría incluirlo en una eventual antología de la literatura de los años 70, porque ya a esa altura hacía rato que los oradores no pertenecían al campo de lo literario, a diferencia de lo que ocurría en el período que hemos elegido para nuestro trabajo, con personajes como Estrada, Goyena o Aristóbulo del Valle, por nombrar algunos.

Otra aclaración necesaria tiene que ver con el objeto de estudio. Uno de los problemas que se discute en este libro es justamente cómo conformar un corpus sobre oratoria. La solución más lógica sería hacerlo con las versiones escritas de los discursos que aparecen en diversas antologías, de uno o varios autores, o con los que se conservan en la mayoría de los periódicos de la época, o en los diarios de sesiones del Congreso de la nación, o de los provinciales. No es este, sin embargo, el camino elegido aquí. Las razones están expuestas a lo largo del libro, y giran alrededor de la idea de que lo esencial de la oratoria no puede encontrarse únicamente en un corpus de tales características.

Además de las dudas sobre la fidelidad de estos textos con respecto al discurso oral del que estarían dando testimonio, la cuestión central es que la letra escrita está muy lejos de conservar lo primordial del arte del orador. Hay, como veremos, toda una serie de componentes que definen y singularizan ese arte, que está ausente o apenas perceptible en la letra impresa de los

discursos. Un simple cotejo entre las diferentes obras de autores como, por ejemplo, José Manuel Estrada o Domingo F. Sarmiento, demuestra que es muy difícil distinguir —si eliminamos los títulos, subtítulos y otras marcas reveladoras ajenas al discurso— qué textos fueron difundidos originalmente en forma escrita y en qué casos se trata discursos y alegatos orales pasados a la escritura. De hecho, como lo afirma Paul Groussac, toda la obra de Estrada, aún la pensada originalmente para su difusión escrita, está saturada de las marcas —y hasta las debilidades— de la oratoria. Y en cuanto a Sarmiento, no resulta descabellado afirmar que uno de los rasgos más destacados de su prosa es la presencia del ímpetu del orador, verificable en ciertos énfasis o arrebatos, en la atención prestada a los efectos reverberantes del uso y la combinación de determinadas palabras, a la frecuente presencia de vocativos, que insisten en darle entidad al eventual destinatario de su discurso, o al presunto contradictor con el que polemiza.²

Aunque, por supuesto, los testimonios escritos del discurso no deben ser descartados; lo que singulariza a un orador, lo que lo distingue de otros oradores y hasta constituye su genialidad deriva, en gran medida, de procedimientos ajenos a lo textual: su presencia física, su gestualidad, los matices de su voz, su capacidad de comunicación con el público, sus dotes actorales. Todo eso que es efímero, que dura lo que la puesta en escena del discurso, y que inevitablemente está ausente de la letra escrita, pálido resto de una práctica que ha sido capaz de conmover a todo un auditorio.

² Dice Martínez Estrada: “Ni en las páginas más controladas de *Facundo*, ni en las más cuidadas de los *Viajes* y de *Recuerdos de provincia*, deja de impresionarnos que la palabra escrita sea del mismo tenor que la palabra hablada. Es un valor que conserva siempre. Será preciso esperar a la publicación de sus discursos parlamentarios para que comprendamos que su palabra era más mesurada que su escritura. (Martínez Estrada 398).

De ahí el especial interés de este trabajo por toda una serie de textos evocadores, cuya virtud es reparar (en parte) esa ausencia. Textos que se detienen en los detalles que rodean y conforman el acto oratorio y lo vuelven posible, y en los que el orador —fantasma apenas entrevisto en la letra de los discursos— se convierte en el gran protagonista. Se trata de textos que, en buena medida, no pueden escapar del tono melancólico que toda evocación propone. Si la eficacia de un orador puede medirse sobre todo por el efecto conmovedor que es capaz de suscitar en su público, no es extraño entonces que la evocación del orador pretenda recrear ese sentimiento efímero, difícil de precisar, único y propicio para el ejercicio de la nostalgia. Oratoria y evocación, entonces, conforman uno de los núcleos de este ensayo sobre un momento especial de la literatura argentina en que la oratoria pudo ser considerada una de sus mejores expresiones. Por eso la mirada no va a posarse tanto sobre los grandes discursos, sus temas, sus recursos retóricos, su “ética”, sino, especialmente, sobre estos *escritos de la evocación*.

Otro punto de interés, en este recorrido por el momento clásico de la oratoria en la literatura nacional, son los textos que reflexionan sobre este arte y contribuyen a darle una entidad. De hecho, muchas de las mejores observaciones sobre la oratoria provienen de los textos evocadores, tal vez porque allí se intenta reconstruir ese arte a partir de aquello que lo hace posible: el orador. Evocar su figura, convertirlo en personaje, parece ser la mejor manera de reflexionar sobre la oratoria. Tal vez por eso Rojas, en un trabajo que se quiere sistemático, organiza su análisis a través de los diferentes tipos de oradores.

Finalmente, si de personajes se trata, qué mejor que la ficción para verlos actuar. Quizá la evidencia elocuente de la gravitación social y cultural de la oratoria en la Argentina del período elegido sea la atención que muchas ficciones de la época prestan al orador, frecuentemente convertido en protagonista de las historias: son relatos donde el orador despliega su arte ante los ojos del público y de los lectores, permitiendo de ese

modo, como en los textos evocadores (aunque sin su nostalgia), poner en escena aquello que está ausente en la letra impresa de los discursos.

Este libro intenta trabajar sobre y con el cruce de esta diversa materia textual, que tiene como eje al orador argentino y su arte. De ahí la proliferación de citas, algunas de ellas bastante extensas. Por eso, en cierto sentido, lo que sigue puede ser leído como una antología de escenas oratorias de la literatura nacional, enhebradas por una mirada crítica que intenta, con diversa fortuna, y con la inestimable ayuda del orador, hacerlas jugar entre sí.

Pensar hoy la oratoria como parte de la literatura puede ser un anacronismo. Pero hubo un tiempo en que el “arte del buen decir” fue considerado, como sentencia Ricardo Rojas, una de las manifestaciones más acabadas de la literatura argentina, y el orador, uno de sus personajes predilectos. De ese tiempo se ocupa este libro, cuando el *tribuno* rivalizaba con el *orador poeta* en el intento de cautivar al auditorio, y cuando la evocación se imponía como un modo –tal vez el único– de conjurar lo efímero e irrepetible de aquellos discursos de estrado.

PABLO ANSOLABEHERE es crítico literario y docente, especializado en literatura argentina. Enseña literatura en las universidades de Buenos Aires, de San Andrés y de Nueva York en Buenos Aires. Ha sido profesor visitante en Wesleyan University y en University of Georgia (Estados Unidos). Es autor de *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*. También preparó ediciones de *Facundo*, *poesía gauchesca* y *Relatos populares argentinos* y ha publicado numerosos artículos en libros y revistas especializadas.

La colección FONO/GRAMAS reúne papeles de trabajo que han circulado en un grupo de investigación de la Universidad de Buenos Aires sobre las interacciones, en la literatura, entre las palabras dichas y escritas. Las propuestas formuladas en esas reuniones de compañeros de trabajo y motivación fueron discutidas y respondidas con otras, conversadas y escritas, hasta llegar a los textos que ahora presentamos, abiertos a otras enmiendas: las de la publicación y la lectura.

ISBN 978-987-1240-71-5



ISBN: 978-987-1240-71-5